

| 2005 |

87

REVISTA UNIVERSITARIA



www.uc.cl/ru \$3.000



Dossier

Cómo nos globalizamos

Las oportunidades de Chile en un mundo más cercano



Memoria y muerte, encontradas

David Rosenmann-Taub

País más allá

Lom, Santiago, 2004, 177 págs.

Desde *El adolescente* (1945), pasando por *Los surcos inundados* (1951), *La enredadera del jubilo* (1952) y las tres o cuatro versiones de *Cortejo y epinicio* (incluida la de Lom, 2002; ver REVISTA UNIVERSITARIA N° 79), David Rosenmann-Taub ha venido elaborando una obra singular, diversa, original y a la vez única, que ha buscado un público también singular y selecto, y una crítica que no por escasa ha sido menos pertinaz y alabatoria. Ruptura y tradición parecen ser los elementos centrales de una obra poética que se despliega a partir de un momento de cambio en la poesía chilena, periodo donde resuenan los nombres de Nicanor Parra, Gonzalo Rojas, Enrique Lihn, Miguel Arteche, Armando Uribe, Efraín Barquero, Jorge Teillier o Alberto Rubio. Desde allí, Rosenmann-Taub, casi secretamente, endilga sus poemarios con una especificidad rigurosa que pone a prueba el discurso de la tradición y se sustenta en una placenta híbrida donde sonido, sentido, escritura, mundo y sujeto parecen bailar una música autónoma y personal que retumba en los espacios de su propio silencio.

En su poemario *País más allá* existe una focalización temática que cambia respecto a los elementos presentes en sus otros textos; si no el discurso ni la intencionalidad gramatical y fonética, si sus significaciones.

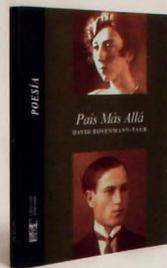
El texto se compone de un epigrafe, un texto introductorio de dos versos; el «Apresto», una especie de obertura que entrega la atmósfera del poemario; el concierto central, compuesto por 39 poemas numerados sin título, y el «Adiós», una especie de cantata terminal que cierra el libro. La intencionalidad del autor se pone de manifiesto en los primeros versos: «Infancia y nada: enlaces/ que borro, dibujándome». Como

en otros poetas coetáneos, el reino de la infancia representa una búsqueda de la memoria y un pre-texto para auscultar el presente y el futuro, pero, sobre todo, para describir la multiplicidad de sensaciones, emociones, visiones y actos que la memoria retrotrae como signo del dibujo de una vida que se hace y deshace. Es por ello que el «Apresto», su primer poema, se instala en el otro extremo, el de la nada, donde el sujeto desdoblado entre un yo y su sombra es apostrofaado, cuestionado, increpado («¿Qué sientes, di, qué sientes?») y situado en una especie de transmigración hacia el país más allá, ese en donde «infancia» y «nada» se juntan.

Y no es que aquí no estén las mismas obsesiones lingüísticas y temáticas de sus otros libros. Mortalidad, desconsuelo, horror, conciencia inapelable de la muerte y pérdida de una inocencia original aparecen como elementos que evocan otras fuentes de la tradición literaria nacional, española, universal. Los cultismos y manierismos propios de su estilo afloran junto con los neologismos, las palabras compuestas y las conversiones gramaticales, conformando un friso de acaladas exploraciones verbales y pronominales, donde lo arcaico resuena siempre como novedoso y los relumbrones hirsutamente neomodernos, se insertan majestuosos en el mar heterogéneo de la frase.

En el equipamiento verbal del poeta no hay concesiones para la moraleja o la anécdota. El ámbito de la singularidad de la experiencia se despliega en un juego de visiones, donde la ipogenia no ahoga jamás la imagen central de lo que se quiere decir, contar, sentir, expresar, como en ese dechado de síntesis que es el poema XXVI:

*Vendimia: el aro. El pabellón
reposa.*



O en ese vistazo relampagueante de la muerte en el poema XXXIII:

*La eternidad apura.
Presos,
acreedores,
unos huesos
aterrados:
(fragmento)*

Pero es indudable que más allá de la amplitud de sus registros particulares, este libro se focaliza en la experiencia de la infancia, el jardín secreto de donde surgen un cúmulo de experiencias que se enlazan con el origen y el fin, el nacimiento y la muerte, la infancia y la nada. En el medio, se sitúa el dibujo que hace el poeta de su propia vida, de su entorno, de los seres queridos (Ester, Cairel, Lajda, padre, madre), de su sueño, su paisaje y su muerte, esa «novela matutina» que el tiempo hace y deshace y que un día, «cuando el árbol me alarga su raigambre [...] ceñirá enredadera» (poema XXVIII), es decir, tendrá una continuidad o una trascendencia: este poeta cree en la extensión trascendente, ya sea verso, música, paráfrasis de Dios, presencia del otro o quizás, por último, el vuelo bruido del aliento... De este modo, «el país más allá» es un hueco que se llena de silencios y memorias, de preguntas que no requieren respuestas, de imágenes obsesivas que se agolpan en el recuerdo (panteones, misas, sudarios, rastros, esqueletos, zócalos, medallones) y buscan romper la nostalgia de un tiempo imposible.

En los poemas, el sujeto o los sujetos se pierden en la limpidez de un mundo-naturaleza sin jerarquías, dentro del cual recobran un sitio de inocencia que quizás nunca tuvieron, pero que la memoria recaptura con un lenguaje que vuelve toda la situación original y pristina. Si bien la particularidad de las experiencias resignificadas no siempre parece encajar en la totalidad discursiva de los textos, resulta evidente que el «país más allá» es la tabla de salvación de este dibujo, que traza una línea carnal y natural en el aluvión de objetos, sucesos e imágenes de esa madrugada semifeliz (con sus sugerecias cromáticas y eróticas) y el umbral de este adiós, también «país más allá», pero ahora con toda la carga que conlleva ese «viento que cruje», esa «fragua que cruje» («Adiós»), gozne de una puerta que conduce al encuentro con los seres amados (padre, madre, hermanas). Así, el inicio del poema I, «madrugada, goznes, azar contra azar» se entronca con el poema final: «goznes, fragua, goznes: azar el azar», para cerrar un lugar y abrir otro, ambos lugares de encuentro —uno en la memoria, otro en la muerte—, como posibilidades únicas de anudar lo que en la vida está desanudado. En definitiva, posibilidades que sólo puede entregar el poema, ese lugar de encuentro, ese gozne-escritura que da cuenta del dibujo poético que realiza el poeta en su discurso, para mostrar un segmento de su propia realidad, que aquí personaliza como experiencia estética universal.

Naín Nómez

Improvisaciones, pero claras y reflexivas

David Gallagher

Otras improvisaciones

El Mercurio-Aguilar, Santiago, 2004, 544 págs.



El título de este libro, al igual que su antecesor, *Improvisaciones* (Centro de Estudios Públicos, 1992), puede llevar a equívoco, si por improvisación ha de entenderse aquello que se realiza sin disponer de medios pertinentes, y cuyo resultado es aleatorio y descuidado. Pero basta sobrevolar sus páginas para ver que este no es el caso. Ahora bien, si por improvisación se quiere dar a entender que estos escritos han surgido de la observación y la experiencia, dominios ambos difícilmente planificables, y que el autor se ha sentido libre para escribir a su discreción sobre un casi ilimitado número de temas, entonces estaremos en la interpretación correcta del título de esta apreciable colección de crónicas.

La columna de opinión de *Otras improvisaciones* fueron publicadas entre los años 1993 y 2004 en *El Mercurio*. Que la matriz de donde surgieron sea un diario puede iluminar nuestra lectura, pero no agotarla. Muchas de ellas se escribieron por motivos de contingencia —la crisis asiática, el atentado contra las Torres Gemelas, el escaso aporte del empresariado luego de que Ricardo Lagos asumiera el gobierno—, y es ahí donde —vemos ahora— ofrecieron pistas inteligentes cuando la falta o el exceso de información hacían que los árboles y el bosque compusieran una misma amalgama. Con esto no quiero decir que en su momento no fuesen puntos de vista razonables y refrescantes, sino que el paso del tiempo se ha encargado de acentuar su calidad. Da la impresión de que varias de ellas hubiesen sido escritas en perspectiva, como si la madeja de la historia reciente ya hubiese soldado algunos de sus nudos. Cuando medio Chile estaba eufórico con el crecimiento

económico, a mediados de los noventa, Gallagher escribió para un Viernes Santo: «Tanta prisa es un peligro para la economía, porque un país desarrollado, que logra un bienestar sostenible, es uno en que la riqueza descansa en avances intelectuales. También implica un peligro para la psiquis. Es agotador vivir a toda carrera, en el ambiente triunfalista que hay en algunos sectores de la ciudad. [...] En el día en que murió Jesús, ¿seremos capaces por lo menos de reconocernos mortales?»

El autor de este libro fue inicialmente profesor de literatura y más tarde consultor financiero, trabajo que todavía desempeña. La contradicción —la hubiere— es sólo una apariencia. El examen que él hace de la realidad, sobre todo en materias económicas y políticas, indican que su conocimiento de causa es de primera mano. Pero allí donde este termina, aparece ese otro saber que detectamos en quienes han permanecido junto a los libros por muchos años: una imagen precisa para ilustrar una idea compleja, conceptos que irradian claridad, una economía de medios que nunca deja con gusto a poco. Estos atributos el autor suele ponerlos a prueba en algo que podríamos llamar la «reflexión escalable»: a partir de unas pocas señales establece de manera plausible una generalización. Por ejemplo, mientras escucha sobre que hablan las fa-